

gracias a la coherencia interna que refleja el propio proceso paranoico que viene a superar el automatismo pasivo surrealista, como éste lo hizo con el corredor sin retorno dadaísta.

Lo blando, irracional, inconsciente, está sostenido por lo duro, por el control consciente e interpretativo. El delirio, la carne, es objetivado gracias a la crítica, el hueso. El MPC contiene a ambos. Y su aspecto crítico representa la conciencia vertebradora del proceso. Aquella que es capaz de interpretar y controlar el delirio, de superar la alucinación, concretando la irracionalidad del fenómeno paranoico e imponiendo su carácter sistemático y activo a la vaguedad y pasividad del automatismo inicial. La actividad crítica decodifica el delirio, dándole forma y sentido a su irracionalidad, como el hueso vertebra la carne en la chuleta.

Dalí se reafirmará en estos planteamientos gracias a la tesis de Lacan, *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*, publicada en 1932.

Es muy posible que sin dicha confirmación, el MPC habría sido considerado históricamente como una *boutade* más del pensamiento daliniano. Sin embargo, gracias al apoyo científico de la tesis de Lacan, el MPC se materializa como intuición pseudocientífica y como una importante aportación teórica que será reconocida no sólo desde el ambiente surrealista y más tarde desde la teoría del arte, sino también desde un sector de la psiquiatría.

Dalí y Lacan entienden la interpretación paranoica como una respuesta fenomenológica más que orgánica y constitucional. De manera que ambos intentan llegar a la esencia de sus intuiciones. Dalí a la esencia del acto creativo, a través del análisis del proceso paranoico, y Lacan a la esencia de los procesos psíquicos que rigen la personalidad del individuo, a través del estudio de un rasgo psicológico como el paranoico.

Las tesis dalinianas al respecto implican, como él mismo nos recuerda, «volver a escribir especialmente la historia del arte según el método de "la actividad paranoico-crítica"». No desde la interpretación de sus temas y contenidos como se había hecho hasta entonces, sino desde sus formas, que son las que realmente reflejan el inconsciente y determinan los contenidos. No tanto por sus significados como por sus significantes, como también proponía la escuela iconológica de Warburg y Panofsky.

Con esta interpretación, Dalí anticiparía la crítica y la decodificación de los nuevos estilos que se impondrían en años venideros, como el expresionismo abstracto, el op-art, el pop-art, etc. hasta llegar a las instalaciones que triunfaron en la última parte del siglo pasado.

En conclusión, y con esto terminamos, la paranoia le sirve a Dalí como una gran máscara intelectual que le permite afirmar que la única diferencia entre un loco y él, es que él sabía que no estaba loco, aunque usara mecanismos y recursos propios de estados mórbidos como el de la paranoia. Su gran lucidez consiste en aplicar dichos mecanismos a la creación artística, y en comportarse como un auténtico paranoico, destacando sus puntos geniales y creativos. Pero sabiendo en todo momento que el MPC es un método –y solamente un método– de conocimiento para interpretar fenómenos que pueden ser aplicados a su actividad creativa, y para sacar a la luz los mecanismos utilizados en dicha actividad.

Así podemos interpretar su inadaptación social, sus obsesiones erotomaníacas, sus recuerdos infantiles, sus delirios interpretativos, su conexión entre múltiples temas (lo comestible, lo erótico, lo duro, lo blando, lo putrefacto) aparentemente inconexos, pero dotados de una lógica interna y una sistematización muy acusada en su elaboración.

El MPC es la luz artificial que Dalí crea para mostrarnos la substancia de su arte y que nos revela el lado oculto de la realidad, descubriendo su esencia, funcionando como un líquido revelador de imágenes paranoicas del mundo interior de Dalí.

Descubiertas las claves de la composición, esta se hace narrativo-simbólica, si bien lo que más le interesa a Dalí es, como ya hemos apuntado, el proceso creador más que la imagen obtenida.

Pensar y crear –el método– reposan en un proceso inconsciente –paranoico– al margen de la realidad, cuyo resultado final nos es revelado en la conciencia crítica.

Así el MPC sirve al mismo tiempo a dos señores: lo consciente, representado por su aspecto metódico y crítico y simbolizado por la plasmación de imágenes concretas, reconocibles, así como por el uso del mundo exterior y su realidad como ilustración; y lo inconsciente, la idea obsesiva paranoica que se hace aún más turbadora al desarrollarse en el mencionado mundo exterior, material y reconocible. Ambas realidades se deslizarán conformando imágenes múltiples, anamórficas o paranoicas, desde la fuerza y el impulso del deseo y la libido que contienen el Eros y el Thánatos creador. Los eternos contrarios-complementarios: el principio de la realidad y el principio del placer, lo duro y lo blando, lo apolíneo y lo dionisiaco, creación y muerte, astronomía y putrefacción, placer y displacer, realidad e irrealidad, amor y crueldad, fecundidad creadora y esterilidad vital.

A través de su MPC, Dalí fue capaz de participar simultáneamente como actor, espectador y reproductor, realizando un viaje de ida y vuelta a

los infiernos del inconsciente, de su propio inconsciente. Dalí es juez y parte en el careo que se produce entre el principio del placer y el de la realidad. Es capaz, desde su propio autoanálisis, de apartarse de la realidad para dar rienda suelta a sus fantasías y deseos eróticos y ambiciosos, para después retornar a aquella realidad, constituyendo con sus fantasías y obsesiones, una nueva realidad: la realidad daliniana que se impondrá desde su MPC.

Así, a través de la cuerda que representa su Método, bajará a la cueva Paranoica, de la que sólo saldrá gracias a la nueva realidad descubierta y plasmada artísticamente como tal que representa su aspecto Crítico. Para ello, Dalí utilizará la personalidad paranoica como forma primigenia de toda personalidad humana, aplicando sus mecanismos a la imaginación creativa que desarrolla desde su narcisismo creativo y que genera el escaparate daliniano así como el gran simulacro creador compuesto por: el principio del placer-displacer, el principio de la realidad, la putrefacción y el deseo, la introspección y el exhibicionismo, la perversión y el amor, el narcisismo onanista, la simbología freudiana, las imágenes múltiples, la paranoia, el complejo de castración y el edípico, el simulacro, la profanación de lo sagrado y lo moral, lo comestible visualizado, lo duro y lo blando, la ambigüedad sexual y el hermafroditismo, el azar objetivo, la psicopatología de la vida cotidiana, la miniatura, la técnica artística más relamida, la mitología y el clasicismo y hasta el paisaje y el *seny* ampurdanés. Todo un *cocktail* preparado de forma metódica, pero agitado con furor onanista hasta la convulsión y confusión de sus ingredientes para ser degustado por el más crítico de los paladares.

En definitiva, la actividad paranoico-crítica funciona como un líquido revelador de imágenes que nos permite ver que bajo una representación artística con apariencia realista que utiliza materiales concretos tradicionales, se encuentra la irracionalidad concreta en la que puede esconderse todo un código delirante, mediante el que puede ser interpretado y asimilado al propio acto y proceso creativo.

Es un proceso que aprovecha los mecanismos paranoicos para aplicarlos a los mecanismos creativos, empleando para ello distintos instrumentos: imagen múltiple, espejismos relacionales, anamorfismos, imágenes simbólicas irracionales y heterogéneas, pseudoalucinaciones, recuerdos infantiles, atavismos, ideas obsesivas, contrarios-complementarios, así como diversos mecanismos muy relacionados con la técnica del sueño y de la elaboración del chiste: condensación, desplazamiento, asociación, proyección, yuxtaposición, repetición, doble sentido, contrasentido, metáfora y metonimia, etc.

Por tanto podemos concluir que Salvador Dalí recrea un método polifónico a partir de sus propias vivencias personales, su propia psicobiografía; a partir de su conocimiento de las teorías freudianas y psicoanalíticas, y de otras teorías cercanas a la fenomenología; y desde su dominio de las distintas propuestas de vanguardia que contribuirán a su formación, conciliándolas con su capacidad técnica tradicional y poniendo a su servicio el ilusionismo del arte realista e imitativo.

Sólo un gran polimorfo del arte contemporáneo como él podía elaborar semejante espectáculo, fiel reflejo de la perversidad y la pasión con que la atmósfera del arte moderno se distingue desde su complejidad y relatividad. Lo cierto es que el MPC es como la imagen de su propio creador. Es un cúmulo de contrarios-complementarios que solo tienen sentido desde su oposición-contradicción. Con su MPC, Dalí opone dos procedimientos al igual que hizo el psicoanálisis: el analítico hacia el inconsciente y el sintético hacia la consciencia. Su complementariedad se debe a su propia contrariedad, conjugando el eterno enfrentamiento entre Apolo y Dionisios.

Ese es su carácter: el de una misma realidad que no se puede saber dónde empieza o termina. Locura razonante en la que no identificamos cuál es el límite.

¿Verdad engañosa? ¿Engañosa verdad?

Disfraz de Dalí, piel camaleónica de la que ya no podrá desprenderse jamás pues su propia imagen será como su camisa de fuerza, su corsé estético que sistematiza la irrealidad y las propias conductas paranoicas a través de un método que se puede analizar sólo después de su aplicación y ejecución: el método paranoico-crítico. El simulacro supera a la propia realidad porque se hace realidad.

En este sentido, Dalí parece anticiparse a nuestro tiempo en el que la virtualidad, el voyeurismo y el enredo sistemático se imponen, se extienden y triunfan. El propio secreto, la propia intimidad se hacen públicos, cotidianos y vulgares. Dalí refleja al hombre de su tiempo, «el hombre invisible», cargado con un complejo cúmulo de sensaciones saturadas, de movimientos a veces involuntarios, de aprendizajes confusos, sujetos al azar, percepciones que deben ser afinadas. Un hombre que es espectador y actor del drama de un mundo en continua metamorfosis que le arrastran a su propio cambio permanente en el que ya no está seguro de la separación entre la realidad y la ficción, donde las necesidades y exigencias que le impone el mundo moderno que le rodea, le hacen olvidar o disfrazar sus propias necesidades primarias (sexo, comida, etc.), sus propios deseos que llega a ocultar en un pro-

ceso de autocensura adaptativa para mantener la relación social. Por eso, hoy más que nunca tiene sentido recordar a Dalí y su MPC cargado de la ambivalencia y disyuntividad ampurdanesas tanto como de las propias teorías freudianas.

Esta es la gran lección de la obra daliniana que se fundamenta en la reflexión sobre la obra de arte como realidad y como apariencia. Para ello Dalí tuvo que pagar un alto tributo al ser víctima de su propia realidad creativa y de su propia apariencia, así como de sus continuas metamorfosis, de su tendencia al espectáculo y de su exhibicionismo paranoico e indigesto del que no pudo escapar.

Sin embargo, su método polifónico supondría para él la nota primordial para revelarse primero ante sí mismo y después ante el mundo, vistiendo, como decía Oscar Wilde, «a la Tragedia con el disfraz de la Comedia, de modo que las grandes realidades parecen banales, grotescas o carentes de estilo».

